

Cartas de amor y a

Con la sensibilidad y la calidad literaria del diario de Anna Frank, un campesino aragonés, Marcelino Sanz, dejó plasmada, en la intensa correspondencia mantenida con su mujer, la tragedia de los españoles que huyeron a Francia tras la Guerra Civil. Su nieto, Norberto Artal Sanz, ha encontrado las



Junto a estas líneas, foto del campesino aragonés Marcelino Sanz, creador de un hermoso testimonio epistolar. Su exilio francés fue duro y difícil y, finalmente, los alemanes lo detuvieron y deportaron al campo de concentración de Mathausen, donde murió en 1941. A la derecha, españoles republicanos, en el paso fronterizo de La Junquera, en 1939.



cartas, después de cuarenta años. Entreviú muestra, por primera vez, un resumen de las mismas, escritas entre marzo de 1939 y mayo de 1940. Posteriormente, Marcelino sería detenido por los alemanes y deportado a Mauthausen, donde moriría al año siguiente.

ANTONIO PARDO

Un campesino de Alcorisa (Teruel), **Marcelino Sanz Mateo**, dejó plasmado, en la correspondencia que mantuvo con su mujer, durante el exilio francés, el testimonio de los sufrimientos de aquellos españoles que huyeron a Francia tras la Guerra Civil. **Interviú** muestra ahora el resumen de aquellas cartas, que durante cuarenta y cinco años habían estado olvidadas. Uno de sus

nietos, **Norberto Artal Sanz**, que vive en Francia, las leyó recientemente. Se encontró con un documento de un gran valor literario, humano e histórico —comparable al diario de **Anna Frank**—, que ahora quiere divulgar.

Las cartas las escribió **Marcelino Sanz** desde los campos de refugiados de Argelès-Sur-Mer, Parpailons y Gorze, entre marzo de 1939 y mayo de 1940. Allí se le perdió el rastro. Como tantos españoles que se habían enrolado en las tropas francesas durante la Segunda Guerra

Mundial, fue hecho prisionero por los alemanes. Deportado a Mauthausen, la Cruz Roja certificó su muerte el 19 de julio de 1941.

Marcelino, cargando la derrota a sus espaldas, había cruzado la frontera, en marzo de 1939, con su esposa y con sus siete hijos. Una vez en el país vecino, les separaron. A él lo enviaron al campo de refugiados de Argelès-Sur-Mer. A su familia, a Mézin, donde había un centro para menores de catorce años. Nunca más se volverían a ver. Mantuvieron, eso sí, un cartero constante. Eran cartas

ó en la correspondencia que dirigió
e los republicanos en Francia

de un español en el exilio



las cosas que habían tenido en su huida: "Referente a *el macho, del carro y las que se abandonaron en la era* –contestaba **Marcelino**– *engáis pena. Para olvidar, que vendrán tiempos mejores siempre se ha comprado después de la tormenta calma. Mismo en el caso como nos impidiera de registrar nación*".

Después más tarde, **Marcelino**, otros tantos refugiados españoles de guerra, se alistó en el ejér-

cito francés. El 28 de abril le trasladaron al campo de Parpaillon, en la localidad alpina de La Condamine, desde donde escribe, contando las penurias pasadas en Argelès-Sur-Mer: "Eramos tantos, en espacio tan reducido, que vivíamos apiñados, durmiendo en el suelo como perros, agobiados por la miseria despiadada. Allí, los únicos que no tenían hambre eran las moscas, los mosquitos y los piojos".

En Parpaillon la situación es distinta, incluso les han dado ropa nueva. "Además, podemos seguir ha-

blando del pueblo, ya que están aquí también los dos Sulemas, «el Fin» y el hijo del Antonio «el Valenciano», el de «la Tejedora»". El hijo de "El Valenciano" ha recibido carta de casa. "Según lo que podemos apreciar, aunque no claramente, han muerto al primo del Joaquín «el Valenciano»". Y esta muerte hace reflexionar a **Marcelino**: "Es verdad –escribe a su mujer– que los muertos abren los ojos a los vivos. Su muerte sirve de lección para nosotros todos, porque este muchacho no fue, ni era, tan responsable para mere-

cer tal castigo. Hasta aquí nos llegan de España rumores terribles. La situación de nuestra tierra va malamente...".

"No vemos ninguna mujer"

El 11 de junio, **Marcelino** está contento. Es domingo y tienen fiesta. "El Fin" y él se van a lo alto de la montaña, que todavía está cubierta de nieve. Tres días antes –el jueves– han disfrutado del lujo de ducharse y de poder lavarse la ropa. Le dice a su mujer que ya sabe zurcir: "Estoy hecho un sastre cumplido. Así es que, por este particular, no pases ninguna pena. Hablando de esto, recuerdo que te he oído decir: no es la que mucho lava que es la más limpia, sino la que menos ensucia".

También le cuenta que está dispuesto a irse cuanto antes a México con todos ellos. Luego bromea con su esposa: "En una carta me dices que alguna francesa me engañará para mejor pescarme. Pues no tendré ese problema, porque aquí no vemos ninguna mujer. Cualquiera del campo que piense en amores, puede decirse que de la mano a la boca se pierde la sopa".

Pero la vida de los refugiados es terriblemente dura. La mujer necesita un día, urgentemente, veinticinco francos. Sólo tiene uno. Una española le da el dinero y se lo cuenta, emocionada, a **Marcelino**. El escribe, el 15 de junio, una carta de agradecimiento a la mujer que ha apoyado a los suyos: "Señora Engracia. Apreciada y noble española. En todas sus cartas mi esposa me informa de su buen comportamiento y hasta de sus sacrificios en favor de nuestros hijos. Con esta sencilla carta vengo a saludarle. Me ofrezco a Vd. como servidor que desea cumplir su deber de padre, de esposo y de amigo". **Marcelino** se esfuerza en expresar su agradecimiento: "Aunque se afirme que el amor no admite si no es sólo amor por paga, quedo a su disposición para todo cuanto pueda servirle. Deseo (...) que ter-

No entiendo por qué gente mayor hace pagar a inocentes el comportamiento

mine pronto nuestra tragedia para poder honrar con nuestra amistad a personas beneméritas como Vd.”.

Otro día, su mujer echa de menos los escasos bienes que dejó en el pueblo e insiste a **Marcelino** para que pregunte por ellos. Pero él es consciente de la realidad de España y el 22 de julio le explica que es mejor no implicar en nada a los familiares que quedaron en España “*porque están muy reprimidos y no quiero comprometerlos. Lo único que les digo es que estamos bien. No quiero tener la pena que tendría si atropellaran por mi culpa a alguien de mi familia. Bien se dice que el mal que se hace daña más al que lo hace que al que lo sufre*”. Y le cuenta que, al menos, ellos pueden estar contentos, porque saben que los suyos viven. Por contra, su amigo “**El Fin**” no sabe nada ni de su mujer, ni de sus hermanos, ni de sus hijos.

También la tranquiliza sobre la posibilidad de regresar a España: “*Ya llegará el día que podremos disponer de nosotros*”, y le dice que su futuro depende también de la marcha de la política internacional. “*Pienso que muy pronto habrá cambios importantes*”. Los rumores sobre la gran guerra, que estalló en septiembre de aquel año, debían ser insistentes.

“Estamos de mala estrella”

Los rumores se convierten en realidad. En septiembre de 1939, los alemanes ponen en marcha su máquina de guerra. El 3 de octubre, **Marcelino** escribe a su mujer: “*Escarmentamos por nuestra guerra, sabemos que nos tocará aún sufrir en la que está trastornando la nación que nos dio asilo. Huimos de un conflicto, para caer en otro. Estamos de mala estrella*”. El conflicto empeora la situación de los refugiados. Su mujer le ha contado que les han reducido el alimento. “*Desde que estalló la guerra, a nosotros nos han rebajado también el rancho*—contesta **Marcelino**— *No sabéis cuanto padezco que estéis en semejante apuro, y tanto más, al no poder solucionar nada por el momento. Estoy como encadenado*”.

Los hijos mayores quieren aportar su grano de arena y le proponen ir de vendimiadores, para ganar algo. La madre, a pesar de la separación, le consulta todo a **Marcelino**, que está de acuerdo, excepto en el

caso de su hija **Juana**, si tiene que pasar la noche fuera: “*Sabiendo que Juana es casi una mujer, no me parece bien que salga de tu lado*”. Pero es consciente de que el dinero del trabajo les irá bien: “*Teniendo francos podréis aguantar mejor hasta que llegue el día de nuestra unión, que no puede tardar mucho. Hay que dar a la paciencia una temporada más*”.

“Te grita que está harto de los españoles”

En esa carta envía un párrafo dedicado a su hijo **Sebastián**. Le expresa su alegría porque puedan ayudar él y su hermano **Valero** a su madre y a los demás hermanos. Pero les insiste en que intenten trabajar en un taller y no en el campo. “*Una vez la vendimia terminada, no aprendáis a trabajar la tierra (...),*

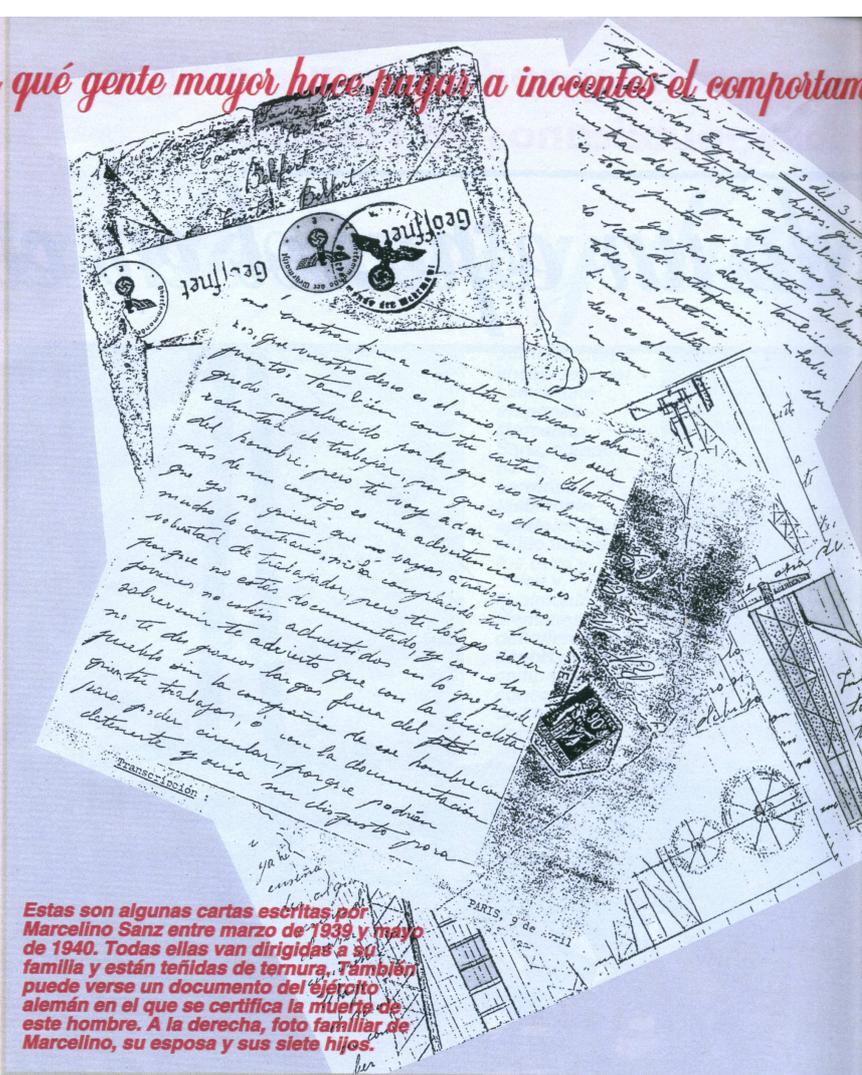
porque, como se dice con razón, la agricultura enriquece al mercader y embrutece al campesino”.

Vuelve a escribir el 21 de octubre, cuando los hijos ya han vuelto de vendimiar. A **Sebastián**, al final, le han contratado en una casa de labranza y el padre le da permiso para quedarse en ella, “*hasta que tenga la posibilidad—y el derecho—de trabajar en un taller*”. Pero en esa carta **Marcelino** está rabioso. Su mujer le ha contado que un comisario ha despreciado a los suyos: “*...porque tuviste la osadía de pedirle explicaciones. Desde entonces te grita que está harto de los españoles... que os expulsará a España... Y tenemos que aguantar estas humillaciones, sin poder disponer de nosotros mismos ni poder echar cuentas. Si se presenta una ocasión, ora de unos, ora de otros, no se puede dejar. ¡Que nos están complicando la existencia*

más de lo que ya es! A eso se llama, otorga», añadimos consentir, cuando se otorga fuerza. ¡Viva el día que responder dando la cara!”

Marcelino se siente, nunca, impotente. Llama “*do*” al comisario, y escribe mente: “*No entiendo que he que pueda herir en carne semejantes desgraciados*”. Su rabia se convierte en ternura de la carta, cuando se dirige a cada uno de sus hijos: “*Me agradece que me eres muy travieso, prueba de sarrollas perfectamente.* uno tras otro.

A **Marcelino** sólo le queda lo que recibe y que transcribe la correspondencia con los suyos ya es consciente de que es



Estas son algunas cartas escritas por **Marcelino Sanz** entre marzo de 1939 y mayo de 1940. Todas ellas van dirigidas a su familia y están teñidas de ternura. También puede verse un documento del ejército alemán en el que se certifica la muerte de este hombre. A la derecha, foto familiar de **Marcelino**, su esposa y sus siete hijos.

que la política declara culpables. Muchos son los que están encarcelados”



considerados como un estorbo o como mano de obra barata, fácil de contratar, gracias a la penuria en que se encuentran. Por eso, cuando su mujer le dice que quieren contratarlos para trabajar en una masía, él, en una carta del 27 de enero de 1940, le escribe: “Yo no confío en esta gentuza que nos promete mucho para mejor darnos”. Y le pregunta a su mujer si van a ser medieros u obreros y si la casa está habitable o en ruinas, para luego tranquilizarla: “En resumen, cuentas, lo que hagas tú será lo que se ha hecho. Como dice el refrán, «a lo que se va o a derecho, nuestra casa va al techo»”.

Vuelve a terminar la carta dirigiéndose a sus hijos. Y se le derrite el corazón y la pena en el párrafo que dedica a los pequeños: “Queridos Lauro y Alicia. Siento mucho de que los Reyes Magos no os hayan dejado nada, pero sí me ale-

gra que me digáis que cuando estemos juntos tendremos de todo, hasta juguetes como los que tienen los niños franceses. Vuestras palabras y vuestra confianza son un regalo para mí. Hasta que se realicen vuestros deseos, sólo os puedo mandar besos por carta. Con ellos he llenado este sobre. Confíad, hijos míos. De momento, continuad usando, como lo hacéis, del juguete más maravilloso que os dio la Naturaleza, el cerebro. Es primordial que no os aburráis”.

“Los franceses nos han engañado”

El 17 de febrero está furioso. Su mujer le ha contado unos días antes que ha sido totalmente despreciada por el comisario y los gendarmes. Lleno de rabia le escribe a su mujer todo lo que ellos han hecho por Francia: su alistamiento, sus traba-

jos, los de sus hijos. “Yo creo que he cumplido con mi deber, contribuir con mi persona a las necesidades de la nación. Desde que entré en Francia siempre me he sentido deudor. Cada día he dado a este país las gracias por habernos permitido refugiarnos a nosotros dos y a nuestros hijos (...) Por consiguiente no comprendo, y siento, que te hayan tratado tan injustamente”. Y concluye, con amargura: “A la gente mala, siempre les ha gustado burlarse de los desgraciados que andan de capa caída. A seres tan bastos y mal criados expongo este refrán: El que hace un bien, aunque sea tarde, se lo tienen que agradecer”.

El 22 de febrero, su mujer le escribe que ha superado, con diplomacia, el enfrentamiento con el comisario y los gendarmes. “Al no estar en la tierra de promisión, más vale callar a pesar de tener razón. Para todas las llagas hay una medicina”, le contesta **Marcelino** el 26 de ese mismo mes. Su mujer está triste, porque cuatro de sus hijos están trabajando. Sólo le

quedan los más pequeños. Su marido le recuerda que al menos tiene esa suerte y le cuenta tragedias de sus compañeros del campamento de refugiados. Uno de ellos desesperado, porque separaron a la mujer de sus hijos a la fuerza, con la amenaza de devolverlos a España; otro, con su mujer en la cárcel en España y dos hijos en Rusia; un tercero, con su esposa en un hospital asturiano y sus seis hijos desaparecidos. “¡Cuántas familias ha desparramado la guerra! No entiendo por qué gente mayor hace pagar a inocentes el comportamiento de los que la política declara culpables. Muchos son los que están encarcelados, más los que están enterrados ¿y cuántos son los que sufren por el mundo el destierro? Sí, pobre al que le toca”.

Y a ellos, a **Marcelino** y a su mujer, les había tocado. Nunca habían tenido casi nada, pero siempre

fueron generosos, como aquella vez que dieron una “perra” –diez céntimos– a los comediantes que actuaron en el pueblo: “Nuestra única perra. Aquella noche nos acostamos más pobres que Job, pero muertos de risa”. Y de nuevo se entristece: “Saber que padecéis y que no puedo intervenir en nada, esto es mi pena más grande. Nos toca llevar nuestro mal con paciencia, hasta que lleguen días mejores”.

Ella ha recibido una foto de **Marcelino**: “Me dices que en la fotografía represento 61 años. Pues ojalá me los den, porque corren rumores de que a los de mayor edad los enviarán a trabajar el campo”. Y, luego, el campesino aragonés le cuenta de casa, de la tierra. “Yo he calculado que mi padre estuvo –o está– en la cárcel...”. Luego habla de sus hijos. Los pequeños van a la escuela. “Estoy contentísimo (...) Consiguiendo esto les has hecho hacer un paso de gigante. La noticia es tan fabulosa que me parece mentira. ¿Es verdad?”. Y le pide, con cariño, que trabaje menos en el lavado, porque el agua le perjudica mucho.

El 21 de mayo de 1940 escribe su última carta. La situación debía ser terrible. Estaba angustiado por su hijo **Sebastián**, que todavía estaba sin carta de trabajo y podía ser detenido en cualquier momento. “Los patronos dicen que quieren mucho a nuestros hijos pero, por lo visto, no demuestran la voluntad de arreglarles los papeles. Obras son amores, que no buenas razones. A veces creo que el Gobierno francés nos ha engañado y que los franceses están haciendo lo mismo”.

Aquel campesino aragonés escribe sus últimas líneas. Debe ser muy consciente de que su posición y la de sus compañeros pende de un hilo. “De nuestra situación –escribe– no podemos decir nada, puesto que aquí no hemos visto cosa que sea particular y no sabemos ni lo que pasa ni lo que se trama. Nuestro ambiente es siempre el mismo y nuestro aislamiento más severo que nunca”.

Los franceses fueron totalmente derrotados y la 11 compañía fue hecha prisionera. **Marcelino Sanz**, como muchos de sus compañeros españoles, fueron deportados a Mauthausen. Su mujer intentó buscarle. La Cruz Roja certificó su muerte el 21 de julio de 1941, en aquel terrible campo de concentración. ●